

Lucia, Francisco y Jacinta los PaStorcillos de Fátima

Miguel Álvarez



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2000, by Miguel Álvarez y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias con una fotografía de los
pastorcillos de Fátima

Fotografías: ACI, AISA, Album, Corbis/Cordon Press, Prisma

Ilustraciones: FARRÉS / il·lustració editorial y Vicenç Villagrasa

Quinta edición: enero de 2011

ISBN: 978-84-218-4334-5

Depósito legal: M-395-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cuaderno documental de Pedro Gimeno Capín.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 05).

Índice

1	El caserío de Aljustrel	5
2	El ángel de la paz	17
3	Una señora de luz	25
4	«No te abandonaré nunca»	31
5	El gran secreto	43
6	El <i>Hojalatero</i>	49
7	«En octubre haré un gran milagro»	59
8	Un globo de luz	63
9	El sol baila sobre Fátima	67
10	En la escuela de Fátima	75
11	Francisco reza su rosario	79
12	Una llama en el pecho	85
13	Un camino solitario	89
14	«Lo que tengo es un problema»	97
15	María de los Dolores	103
16	En el convento de Tuy	109
17	De la luz al silencio	115
18	«Ha llegado el momento»	119
19	El mensaje de Fátima	125
20	Francisco y Jacinta en los altares	135
21	El tercer secreto	141
22	La marcha de Lucia	143
	Cronología	145

El caserío de Aljustrel

—¡Desde mañana me toca a mí cuidar de las ovejas!

Lucia lo dice casi gritando al entrar en casa de sus primos. A sus nueve años, está orgullosa de que le hayan encargado esa labor y le ha faltado tiempo para correr a contarlo.

—Mi hermana Carolina ha cumplido los trece años y tiene que irse a trabajar al campo. Os lo digo porque ya no podré jugar con vosotros.

Sus primos la miran asombrados. Francisco la escucha en silencio, con ese aire de seriedad que tiene a sus ocho años. Jacinta, dos años menor, sensible e impulsiva, demuestra que no le ha hecho gracia la noticia, hace un puchero y contesta con voz temblorosa.

—¿Ya no vamos a jugar? ¿Ya no nos vas a explicar el catecismo?

—No tendré tiempo, tonta. Hasta los domingos tengo que llevar las ovejas a los pastos. Nos veremos por la noche.

—Pues nosotros iremos contigo. Le diremos a madre que te queremos ayudar.

Olimpia no fue de su parecer.

—Sois muy pequeños para pasaros el día entero bus-

cando pastos para el rebaño. ¡Ya tendréis tiempo cuando os hagáis mayores!

Francisco quería ayudar a su hermana.

—A mí, madre, poco me interesa. Es Jacinta la que quiere que vaya. Yo sólo tengo un año menos que Lucia. ¡Así que bien puedo cuidar de ella!

No hubo forma de convencer a la madre.

—Bueno, Lucia, te esperaremos todas las tardes. Por lo menos, te ayudaremos a meter las ovejas en el redil.

Todos los días aguardan a la prima, a la caída del sol, al comienzo del camino que viene de la sierra. Cuando la ven regresar la reciben contentos y la acompañan hasta el corral, separado del campo por una cerca de piedra. Luego, hasta la hora de la cena, corren, saltan y charlan por el caserío de Aljustrel.

A principios de 1916, Aljustrel no tiene más de veinte casas alineadas en el camino de Vila Nova de Ourem, separadas por huertos y corrales. Un caserío que con otros cuarenta minúsculos poblados, desperdigados por las estribaciones de la sierra del Aire, constituyen el municipio de Fátima, muy cerca de Batalha.¹

Mientras ellos corren por la aldea, a ciento veinte kilómetros al sur, Lisboa hierve con los problemas políticos de la revolución republicana, que ha acabado, seis años atrás —en octubre de 1910—, con la monarquía de los Braganza y con las órdenes religiosas, a las que ha expulsado del país. Mucho

1. Espléndido monasterio gótico, centro del nacionalismo portugués, construido por Juan I en conmemoración de la célebre batalla de Aljubarrota, del 14 de agosto de 1385, que consolidó la independencia portuguesa amenazada por los castellanos.

más lejos, a miles de kilómetros al noreste, Europa se debate en el segundo año de la Primera Guerra Mundial que enfrentan, en principio, a Francia y Gran Bretaña contra Rusia, Alemania y Austria...

A la hora de la cena, los niños vuelven a sus casas, tan parecidas: blancas paredes encaladas y puerta abierta a la calle, al camino más bien, entre dos ventanas que dan luz a las habitaciones. Allí les esperan sus familias, que no hablan de política ni de guerras, sino de los problemas de la tierra y de los huertos, con el tiempo detenido en sus costumbres ancestrales, que viven idéntica y fielmente.

—¡Hay que rezar las oraciones de la noche! Es hora de acostarse —dice la madre.

—¡Ya lo hacemos, mamá! —responde, como un eco, una de las hijas en la otra casa.

En una de ellas vive Antonio dos Santos con su esposa María Rosa y sus cinco hijos, de los que sólo uno es varón. La más pequeña de las niñas nació el 22 de marzo de 1907 y la bautizaron con el nombre de Lucia² de Jesús, ocho días después.

Ahora, a sus nueve años, es una chica no muy alta, con una cara ancha, nariz achatada y labios gruesos, en la que brillan unos ojos castaños y vivos, sombreados por espesas cejas. Tiene un aire de gravedad, impropio de su edad, que acentúan sus vestidos aldeanos de persona mayor: falda larga, corpiño y una manteleta sobre la cabeza, que le cae por detrás hasta la cintura.

2. Le llaman Lucia, nombre de mujer derivado de Lucio, y no Luzía, también frecuente en Portugal.

La otra casa la ocupa la familia de su hermana Olimpia, que al enviudar se casó con Manuel Pedro Marto. Viven con ellos dos hijos del primer matrimonio y los ocho del segundo. Los dos más pequeños son Francisco, nacido el 11 de junio de 1908, y Jacinta, el 10 de marzo de 1910.

Francisco es espigado y tan alto como su prima, a pesar de ser un año menor. Su rostro es redondo y los ojos castaños. Suele vestir siempre de pantalón largo y con la típica chaqueta corta portuguesa. Sobre la cabeza, el largo bonete o barretina, que le cae hasta el hombro derecho.

Jacinta es robusta, no muy alta, con grandes ojos castaños de extraordinaria viveza. Viste las mismas prendas campesinas que su prima: corpiño, falda larga y el consabido velo sobre la cabeza y los hombros.

Con el alba, la familia entera tiene que levantarse para trabajar. Todos son necesarios. Los padres y los hijos que han cumplido los trece o los catorce años se van a los pequeños campos sembrados de maizales, trigales y viñas, separados por cercas de piedras.

Lucia sale con su rebaño y su primo Juan con el suyo. Sólo los pequeños se quedan en casa con las madres, que cocinan, tejen, cosen y hacen las mil tareas que no faltan en un hogar campesino.

Son los momentos en que Jacinta vuelve a la carga.

—Mamá, deberías dejarnos ir con Lucia. O dejarnos llevar el rebaño en vez de Juan.

—Ya te he dicho mil veces que eres muy pequeña. ¡Tienes que esperar!

El cariño de Jacinta por su prima Lucia es impresionante. Se ha acostumbrado a ir a su casa a jugar. Allí, salvo que

un trabajo extraordinario en el campo las necesite, se queda siempre su tía María Rosa con las hijas mayores: María, que teje en su viejo telar y enseña además el oficio a algunas muchachas del pueblo, y Teresa, que es costurera. Es ya una costumbre que otras madres del pueblo dejen a sus niños en la hospitalaria casa, mientras ellas se van al campo a trabajar. Saben que quedan en buenas manos.

Lucia, como es la mayor, es quien se encarga de dirigir y vigilar los juegos en el amplio patio, a la sombra de las tres grandes higueras, o dentro del hogar, cuando hace mal tiempo. En la larga jornada hay lugar para que madre e hijas cuenten a los pequeños leyendas y hazañas patrióticas o vidas de santos y pasajes de la Historia Sagrada.

A Jacinta le encanta el momento en que Lucia interviene:

—Cuéntanos algo, madre.

María Rosa sabe muchas historias tradicionales.

—Hoy os voy a contar la historia de la princesa Fátima Oureana.

—¿Se llama como nuestro pueblo?

—Sí, ya verás... Hace mucho, mucho tiempo, cuando Portugal estaba todavía desde el Tajo hasta el sur ocupado por los moros y empezaba a reinar nuestro primer rey,³ una cabalgata de moros salía de Alcacer do Sal para celebrar una fiesta en las orillas del río Sado. ¡Oh, qué hermosos iban los jóvenes caballeros, con sus armas relucientes, sus capas y sus turbantes! ¡Qué bonitas las doncellas, con

3. Alfonso Enríquez se independiza de Castilla y es coronado como Alfonso I por el obispo de Braga en 1139.

sus trajes bordados y perlas en los cabellos! Nunca se había visto una comitiva tan bien compuesta y con tanta alegría. Era la mañana de San Juan, cuando llega el verano y el sol sube a lo alto del cielo.

Los niños la miraban sin parpadear ni perder palabra.

—¿Y sabéis lo que pasó? Pues en ese momento, llegó un grupo de caballeros portugueses, con sus caballos, armaduras y lanzas, porque estaban en guerra —no lo olvidéis—: moros y cristianos luchaban desde que los moros invadieron las tierras de España y Portugal. ¿Y sabéis quién iba al mando de los guerreros cristianos?

Lucia lo sabía, pero se calló.

—El terrible *Tragamoros*, don Gonzalo Hermingues, que se lanzó al ataque. Los moros, sorprendidos, no pudieron hacer mucho, así que la lucha fue fiera pero corta. Pronto los caballeros y las doncellas fueron hechos prisioneros y llevados a presencia del rey, que estaba en Santarem. Mucho le agradó al rey la victoria de los suyos contra sus eternos enemigos. «¿Qué queréis —le dijo a don Gonzalo— como recompensa por vuestra valentía?» «La mano de la princesa Fátima, la hija del gobernador del Alcacer» —contestó—. «Bien —dijo el rey—, con una condición: que ella acepte libremente nuestra santa fe.» ¿Qué os parece? *Tragamoros* queriéndose casar con una mora. ¿Y sabéis lo que contestó la princesa Fátima? Que sí. Que estaba dispuesta a hacerse cristiana y a casarse. Así era en aquellos tiempos, lo mismo luchaban que se casaban, porque moros y cristianos vivían todos en la misma tierra. En el bautismo le pusieron el nombre de Oureana y el rey les dio como regalo de bodas una ciudad, que hoy es Ourem.

Los niños escuchaban admirados este final feliz.

—¿Y fueron felices y comieron perdices?, me preguntaréis. Al principio fueron muy dichosos, pero... —María Rosa, entornó los ojos y frunció la frente— luego vino el dolor. La joven princesa murió, de improviso, en plena juventud. ¡Ay, cómo lloró su marido! ¿Y sabéis lo que hizo?

Los ojos de los niños preguntaban muy abiertos: ¡¿qué?!

—Llorando, llorando, se desengañó del mundo y de su gloria de guerrero y se fue a un convento que el rey había fundado en Alcobaca. Allí rezaba y rezaba fray Gonzalo. Pasó el tiempo y el abad le mandó que construyese otro convento en la montaña, cerca de Ourem. Y allí se fue. Y apenas terminó la capilla, trasladó a ella los restos de su amada, y este lugar se llamó Fátima, por el nombre de la princesa mora que tiene su sepulcro entre las ruinas del monasterio que está cerca del pueblo.

Estas reuniones, tan llenas de leyendas populares, eran una forma de suplir, en aquellos tiempos de principios del siglo XX, la escuela a la que no todos los niños podían acudir.

—Mis hijos tienen que trabajar. El campo nos necesita a todos —decían los labriegos—. Lo importante es que aprendan a ganarse la vida. Lo que deban saber se lo enseñamos nosotros en nuestras casas y el cura en el catecismo.

Y así en las largas anochecidas, al calor del fuego, o en las tardes de domingos y fiestas, les repetían las historias populares y cantaban las canciones del país al compás del acordeón de Manuel, el hermano de Lucia, que se daba maña para ello.

También María Rosa y su cuñada Olimpia les enseñan

a los niños el catecismo. Con más intensidad en las siestas del verano y en los días de cuaresma.

—No quiero quedar avergonzada cuando el párroco os pregunte la doctrina —les dice María Rosa.

Lucia se sabe muy bien el catecismo y ha hecho ya la primera comunión. Ésta es una de las razones de la admiración de Jacinta por su prima y el gusto de su trato con ella. Por eso le entristece tanto que ahora ande sola con las ovejas o acompañada por algunas amigas del pueblo, lo que le da cierta envidia.

A ella le puede preguntar todo lo que quiera. Recuerda la última fiesta del Corpus Christi. Lucia fue elegida para asistir, disfrazada de ángel, a la procesión en la que el sacerdote lleva la Hostia consagrada por las calles del pueblo a la vista de todos. Cuando se lo contó a Jacinta, ésta se empeñó en acompañarla. Su prima María le preparó una túnica blanca con unas alas prendidas en los hombros. Le dijo también cómo se tenía que comportar.

—Llevaréis unas cestas con pétalos de flores y las lanzaréis a Jesús en la Hostia cuando yo os haga la señal.

—¿Y veremos a Jesús? —preguntó Jacinta.

—Sí. Lo lleva el señor párroco.

Durante la procesión, a la señal convenida, Lucia y los otros ángeles arrojaban los pétalos. Jacinta mantenía la cestilla en su brazo. No lanzó ni una flor, absorta en mirar fijamente al sacerdote.

—¿Por qué no has echado las flores a Jesús? —le preguntaron al terminar.

—¡Porque no lo he visto! —se volvió a su prima—: Y tú, Lucia, ¿has visto al Niño Jesús?

—¿Tú no sabes todavía que el Niño Jesús en la Hostia no se ve, porque se esconde y así podemos recibirle en la comunión?

—Y tú, cuando comulgas, ¿le hablas?

—Sí.

—¿Por qué no le ves?

—Porque está escondido.

—Voy a pedirle a madre que me deje comulgar.

—El párroco no te dará la comunión hasta que no tengas diez años.

—Tú no los tienes todavía y ya comulgas.

—Porque yo sabía todo el catecismo. Tú todavía no sabes lo suficiente.

—Pues enséñame tú.

Y fue así como Lucia se convirtió en profesora de Jacinta... y de Francisco. Ambos querían recibir cuanto antes a Jesús Escondido.

Ella lo había recibido a los seis años, y siempre lo consideró como una gracia especial. Corría el año 1913 cuando fue invitada por el párroco a asistir al catecismo. No faltaba ni un solo día. El sacerdote se situaba en un pequeño estrado en la amplia sacristía. Ella se sentaba a sus pies y escuchaba con gran atención, reteniendo todo cuanto oía. Estaba segura de que le harían el examen final. Al llegar el día, el padre Pena no la examinó. La mira fijamente y le hace una caricia:

—No puedes hacer la comunión todavía. Eres demasiado pequeña.

La niña se echa a llorar. Sale de la sacristía y va a arrojarse ante el altar de una imagen de Nuestra Señora del

Rosario. En ese momento, entra en la iglesia el padre Francisco Rodrigues da Cruz, un predicador famoso en Portugal, que viene a predicar a Fátima. Al ver a la niña llorando ante el altar de la Virgen, se dirige a ella:

—¿Qué te pasa, pequeña?

—Quiero hacer la primera comunión y el señor párroco no me deja.

El misionero charla con ella un rato, luego va a la sacristía:

—Padre Pena, la pequeña Lucia quiere hacer la primera comunión.

—¿Sabe bastante catecismo? ¿Está preparada?

—Yo creo que sí. Examinémosla, padre, si quiere.

Así lo hicieron. Se sabía todo el catecismo de memoria⁴ y sobre todo descubrieron que comprendía el sentido de lo que decía.

El padre Cruz le acarició la mejilla.

—Sé fiel a Dios, pues eres un alma protegida por Él.

El prestigio de la primera comunión de su prima era un aliciente para Jacinta, que no se cansaba de preguntarle todo lo que se le ocurría. Un día, mirando el crucifijo colgado en la pared de la casa, le dijo:

—¿Por qué Jesús está clavado en una cruz?

—Porque murió por amor a nosotros.

—Cuéntanos eso...

4. Tenía sólo seis años. Lucia escribe en su *Segunda memoria*: «Tal vez alguien quiera preguntar: ¿cómo es que la hermana se acuerda de todo esto? Cómo es, no lo sé. Nuestro buen Dios, que reparte sus dones como quiere, me dio a mí esta poquita de memoria; y, por ello, solamente Él sabe cómo es».

Y Jacinta abría los ojos como platos al escuchar la narración popular, sencilla y colorista que le contaba su prima.

Desde entonces Lucía tuvo que contar una y otra vez la historia de la Pasión. A Jacinta se le saltaban las lágrimas.

—¡Pobrecito, Nuestro Señor! —decía—. ¡Yo no debo cometer ningún pecado! ¡No quiero que Jesús sufra!

Ahora, Jacinta sólo podía resolver sus curiosidades por las noches, al regreso de su prima... en los pocos ratos que le quedaban libres de juegos. Así que siguió importunando a su madre con la idea de acompañarla en el pastoreo.

Pasaron los días y la gota perforó la piedra.

—Bien. Padre y yo hemos decidido que llevéis el ganado, en vez de Juan.

Esta vez fueron Jacinta y Francisco los que se precipitaron a casa de Lucía para darle la gran noticia.